

El Propagador Balear.

SUPLEMENTO AL DIARIO DE PALMA.

EDICION PARA EL CONTINENTE Y CORRESPONSALES.

Crónica de la provincia.

(Diario del 10.)

TEATRO DEL PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

La Campana de la Almudaina.—Por derecho de conquista.

Cumplida es la alegría que experimentamos hoy al tomar la pluma para dar principio á esta revista. Felices nosotros que en este momento cábenos la satisfaccion de reseñar gloriosos hechos que no pueden ser vistos con indiferencia por los nacidos en este pais; pues se refieren á ovaciones adquiridas por uno de sus hijos. Ovaciones legítimas que dejarán imperecederos recuerdos en los anales de acontecimientos teatrales.

Ante una concurrencia tan lucida como numerosa púsose en escena en la noche del sábado el drama de D. Juan Palou y Coll *La Campana de la Almudaina*.

El dia que precedió al estreno del mencionado drama en el teatro del Circo de Madrid, la prensa con voz unánime saludó al poeta, que bajo tan buenos auspicios se había dado á conocer, reconociendo en él grandes facultades para la literatura dramática. El público de la corte acogió el drama con el fervor que inspiran siempre las grandes obras.

Conocidos son por nuestros lectores los estensos y lisonjeros juicios, que por autorizadas plumas se

hicieron sobre *La Campana de la Almudaina*. Ocioso sería pues el emitir el nuestro. Nada nuevo podríamos decir. Al intentarlo nos quedaríamos muy cortos comparada nuestra insuficiencia, al lado de los hombres que de antemano tienen conquistado un puesto en la ciencia.

Los nuevos aplausos, las unánimes y espontáneas aclamaciones que se han dejado oír durante las dos noches de su representacion en nuestro teatro, hablan mas alto en favor del Sr. Palou, que meras palabras, que por ser nuestras poco significarian.

Limitémonos por ello á enviarle nuestra cordial enhorabuena, haciendo llegar las felicitaciones al seno de su familia, que comprendemos las dulces emociones que en estos dias habrá experimentado.

Alentemos por último al poeta á fin de que no se quede adormecido por mucho tiempo sobre el lecho de sus triunfos y veamos en breve otra produccion, que digna de su primera, pueda envanecerse nuevamente nuestra estimada Mallorca de contarle en el número, de los que pueden darle vida y renombre.

No terminaremos sin decir que esta vez ha cabido á *La Campana de la Almudaina* una ejecucion admirable.

Preciso es confesar que la señora Díez posee todos los secretos del arte para arrebatar al público. En D.^a Constanza tuvo momentos sublimes de verdadera inspiracion. Imposible es enumerar una por una

las situaciones en que se distingue. En la escena final del segundo acto se escede á sí misma.

Digno de ella Manuel Catalina en la parte de Centellas, consigue llamar la atencion del espectador, especialmente en aquellos momentos donde la accion y la fisonomía suplen en alto grado la fuerza de la espresion.

Todos los actores hicieron notables esfuerzos para contribuir al mejor éxito del drama.

Cúmplenos tambien manifestar la galantería que en vez de su amigo el autor tuvo el jóven aficionado Sr. Sitjar en cantar la trova, que se supone serlo por D. Jaime en la escena duodécima del primer acto; jóven que repetidas veces habrán tenido ocasion de aplaudir nuestros lectores, en los salones de la culta sociedad Palmesana.

Damos fin con esto á la primera parte de la revista. Pasemos á la segunda.

La consideracion y el aprecio debido al talento sea cual fuere la clase de donde proceda y la necesidad de que desaparezca gradualmente la arraigada preocupacion de ciertas posiciones sociales; indujeron sin duda á Mr. Legouve á escribir la comedia que con el título *Por derecho de Conquista* arregló posteriormente al teatro español el aventajado actor D. Manuel Catalina.

Si bien en el día la civilizacion moderna tiende poderosamente sus huellas á igualar en lo que cabe la esencia primordial del hombre; existe todavía en las naciones, especialmente en determinadas provincias donde la ilustracion se halla en completo abandono; una division de clases, que queriendo justificarse en el origen de su nacimiento, vienen á establecer un órden de cosas, que las sume á un perpétuo y lamentable atraso.

Atendido á esto no encontramos fuera de propósito, que se presenten á la escena de nuestros teatros asuntos que tiendan á la comprension de lo que se deben mutuamente en sociedad los hombres y las clases, haciendo entrar á la juventud de todas á ellas, pues suyo es el porvenir; por la senda de sanos y cimentados principios adquiridos por medio del estudio, y abandonar de este modo un marcado á la par que ridículo exclusivismo, que solo puede ser acariciado por personas de una corta y reducida inteligencia. Asuntos pero que en manera alguna deben ir acompañados de exageradas ideas, que abran ancho paso á ilusorios pronósticos para el futuro, encerrando puramente sus aspirantes tendencias en los límites de lo justo y razonable.

He aquí uno de los principales pensamientos de la comedia nueva en esta capital *Por derecho de Conquista*. Simplifiquemos su argumento.

La tia María vieja aldeana aragonesa de humilde condicion, logra á fuerza de trabajos adquirir una inmensa fortuna, con el único afán de dar una brillante carrera y poder legar bienes á su hijo Jorge Simon, que con el tiempo adquiere un nombre en el ramo de ingenieros á que pertenece. Este se apasiona de una jóven llamada Luisa perteneciente á una familia que milita en las filas de la mas encopetada aristocracia, que conociéndole bajo el título de conde de Torre-Hermosa anexo á una hacienda comprada por su madre, consiente en la boda. Puesto en claro el origen del ingeniero la familia de Luisa retira su asentimiento si no se presta á sus exigencias. Que conserve el título de conde abandonando el nombre de su padre; Jorge rehusa la mano de la jóven ante tan absurda peticion. Las pretensiones aristocráticas prescinden de ello mientras este

se separe de la compañía de su madre; cual buen hijo Jorge se niega nuevamente á esta segunda proposición. Los buenos sentimientos de la tia María y el sacrificio á que voluntariamente se presta por la felicidad de su hijo encuentra eco en los corazones de la aristocrática familia, que por fin consiente en un todo á que se efectúe la boda.

A mas de los enumerados personajes, figuran en la accion como individuos de la familia. La condesa del Espino, el marques de Fuenfria, que apesar de hallarse poseidos del orgullo de su clase se notan en ellos sentimientos nada vulgares. El vizconde del Fresno es un tipo que resalta demasiado, ofreciendo un singular contraste puesto en contacto con las otras figuras.

Los demas personajes solo se esplica ser presentados para mayor abundamiento de detalles en la esposicion.

En boca de la tia María encontramos palabras en las escenas primera y última del segundo acto, en parte impropias de una mujer de su clase é instruccion.

Es innegable pero que la comedia revela especiales y nada comunes conocimientos en su buen reputado autor; debiendo consignar que el arreglo parece estar hecho con sumo esfuerzo, por lo que felicitamos al Sr. Catalina.

En el desempeño de la obra cábenos el placer de manifestar el nuevo y señalado triunfo obtenido por la Sra. Diez. El vencimiento del cúmulo de dificultades que ofrecen á la personificacion de tipos como el de la tia María, son un testimonio de lo mucho que vale y puede el talento artístico de esta eminente actriz. A un detenido estudio, á un especial conocimiento del arte, cabe tan solo presentar la realidad de un ser concebido en la imaginacion del

autor. No se puede pedir mas precision en actitud y ademanes, ni mas verdad en la diction. Al tributar en este instante nuestros entusiastas elogios, creemos hacernos fieles intérpretes de todos aquellos, que saben apreciar en lo que se merece el indisputable mérito de D.^a Matilde Diez.

El Sr. Catalina (D. Manuel) interpretó fielmente la parte de Jorge Simon, poniendo de manifiesto con esquisito tacto la dignidad y firmeza de carácter que acompaña al jóven ingeniero. El Sr. Catalina (D. Juan) estuvo á la altura que sabe colocarse siempre en papeles donde como en el del vizconde del Fresno pueda lucir las facultades que posee para el género cómico, sin embargo hubiéramos deseado no recargase tanto algunos chistes, que de por sí ya están escritos con intencion demasiado libre en la comedia. La señorita Valero no dió todo el realce que á la parte de Luisa corresponde, marcando muy poco la lucha que debe notarse entre el amor y el orgullo de la única descendiente de los Fuenfria y Altamura. La Sra. Perez y el Sr. Munner estuvieron bastante acertados en sus respectivos papeles. De los demas actores no podemos hacer singular mencion.

Basta. Nuestra revista tambien se ha escedido á sí misma en lo dilatado de las proporciones que ha tomado.

En recompensa es esto de las dos anteriores que llevamos publicadas.

Oportunamente nos dijo un amigo ser una especie de posdatas teatrales.

Váyase lo uno por lo otro.

9 junio.

Al dar cuenta ayer á nuestros suscritores de la serenata con que algunos amigos y conciudadanos obsequiaron al Sr. Palou y Coll, omiti-

mos manifestar que igual distincion mereció D.^a Matilde Diez. Esta señora se vió nuevamente obsequiada por parte de los mismos con un gran número de ramos de flores que cayeron á los piés de la inspirada artista al final del segundo acto del drama *La Campana de la Almudaina* en la noche de su segunda representacion.

Grato, sublime y poético á la vez era el conjunto que presentaba el lindo oratorio de la Inclusa en la funcion religiosa que como complemento de las que en el mismo se han tributado durante todo el mes de mayo á la Virgen santísima se celebró en la mañana y tarde de ayer. Orlado simétricamente su altar mayor de hermosas guirnalda de rosas, distribuidas con acierto las numerosas luces que en él ardian, descollaba en su nicho principal la bellísima efigie de Ntra. Señora del Amparo titular de dicho oratorio y de la institucion de Caridad del mismo establecimiento. Todo su recinto adornado con aquella elegante sencillez que tan bien sabe armonizarse con la gravedad que exige el decoro de la casa del Señor, no solo escitaba al respeto y recogimiento sino que materialmente sentíase el corazon cristiano henchirse de puro gozo al contemplar un cuadro tan consolador, muy digno de la augusta solemnidad que se celebraba; solemnidad á que dieron no poco realce en la comunión general, en la hora de nona y misa mayor, y en el santo Rosario y *Te-Deum* de la tarde, los cánticos tiernos de las hijas del Amparo, que elevaban puros y enteros sus corazones á la que es su Madre, su modelo y su Reina. La música que enlazaba á aquellos ecos divinos sus patéticas notas formaba un conjunto de indecible armonia, armonia que se esforzó y

logró presentar muy delicada singularmente en el *armonium* el entendidó jóven profesor D. Guillermo Masot. Celebró la solemne misa el señor Rector de la parroquia de Santa Eulalia D. Bartolomé Castell y predicó en su ofertorio el Sr. Subdirector del Santo Hospital D. Pedro Antonio Llobera, en cuyo discurso puso muy de relieve las glorias y el poder inmenso de la Virgen Santísima del Amparo y escitó á su auditorio á una ciega confianza en esta Señora, esplanando acertadamente con tal motivo algunas consideraciones morales muy oportunas. Cerró tan grata solemnidad el *Te-Deum* que entonó el Sr. Director del establecimiento y terminó la comunidad del Amparo; asistiendo á todos estos actos una numerosa y escogida concurrencia. Tal es sucintamente referida la funcion celebrada ayer en la Inclusa, de la que nos resta decir, que si funciones del mes de las flores se han presentado dignas de su sagrado objeto en esta isla durante el trascurso del mismo, no dudamos en afirmar que la que hoy mencionamos ha sabido ganarse entre ellas un lugar muy distinguido.

(*Idem del 11.*)

Segun sabemos de diferentes pueblos de esta isla, las cuarenta horas con que honran los campesinos á su Divina Majestad, durante las últimas Pascuas de Pentecostes, han sido celebradas con mucha pompa y recogimiento; habiendo ocupado el púlpito escogidos oradores sagrados, entre ellos el aventajado D. Miguel Coll, vecino de esta capital.

El domingo último, Pascua de Pentecostes, leyóse en la Catedral y parroquias de Palma en el ofertorio de la misa mayor la carta pas-

toral de nuestro Escmo. é Ilmo. Prelado que tenemos el gusto de insertar á continuacion:

NOS DON MIGUEL SALVÁ

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA
SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE
MALLORCA, ETC.

*A nuestro venerable cabildo, á nuestro
clero y á todos los fieles de nuestra diócesi
salud, gracia y bendicion en nuestro
Señor Jesucristo.*

*In omnem terram exivit sonus eorum,
et in fines orbis terræ verba eorum.*

Psalm. XVIII. 5.—Rom. X. 18.

Amados hijos: la fiesta de Pentecostes que hoy celebramos, es misterio de tanta grandeza que con razon se pierde nuestro espíritu en lo insondable de la Providencia, que tanto hizo y hace para nuestro bien y ventura. Pero anda el mundo tan prevaricado, tan vacía la fe y tan quebrada la conciencia, que en medio de la sabiduría que se ostenta, parece que se trabaja en borrar las santas máximas que aprendimos en la infancia. Los hipócritas de virtud fingida son dignos de reprobacion; pero la impiedad descarada, la ufanía en mostrar el vicio y hacer alarde ante el público de decir que no se cree, es el complemento de una sociedad muerta á todo pensamiento á Dios y á la admiracion de sus maravillas. ¡Gran Dios, en qué edad vivimos! Repugnan ya de manera la santificacion del domingo, oír la misa y acudir á la predicacion del evangelio y del catecismo cristiano, que ha venido á ser como hábito de moda faltar á cuanto se nos enseña y mofarse de la verdad revelada. Se diría, y ojalá no sea cierto, que en unos hay una indiferencia completa y en los otros una incredulidad consumada: no se frecuentan los templos, y se pasa el tiempo en saborear los crímenes: ocupan el entendimiento en las obras de la naturaleza, y no quieren honrar al autor de la misma naturaleza: encomian la vida de Sócrates y niegan la de Jesucristo: inspirales tedio la lectura del viejo y nuevo Testamento, y leen con afán libros y escritos malos, que embotan el talento y embrutecen hasta la dignidad de la raza humana. Tanto desprecio de lo sagrado, tanto vilipendio de la virtud ha llamado mucho la atencion de los Prelados de la Iglesia,

quienes inculcan, como es deber suyo y nuestro, oportuna é importunamente, que se aparten los fieles de perversas doctrinas, si todavía no han cerrado sus ojos á la luz y estiman en algo el gran principio de que sin creencia ni culto no hay felicidad de vida eterna, ni sociedad humana posible. Con tal motivo os dirigimos la palabra, caros diocesanos, á que Nos escita la memoria del misterio de Pentecostes, para que renazca en nuestros pechos el santo fuego de amor al supremo Hacedor de todo lo criado, que manda é impera á los cielos y la tierra y por quien solo nos movemos y vivimos. Oídme.

Concluida su mision augusta nuestro Señor Jesucristo, resucitado despues, subido luego á los cielos, y cumplidas todas las profecías que de su pasion y muerte se habian escrito, bien manifestó, el tiempo que conversó con nosotros, quién era, de dónde venia, y á dónde volvía. Y como si faltase algo para fortalecer la fe de sus escogidos y animar la esperanza de sus promesas, ordenó, segun habia prometido, que descendiese el Espíritu Santo sobre la obra de sus manos, es decir, la Iglesia, que dejaba regada con su sangre. Y quiso dar á este memorable acontecimiento aparato de majestad, y que entre centellas y llamas de fuego, que eran ascuas de caridad, se sintiese tan inesplicable prodigio. Y luego comunicó á sus apóstoles y discípulos los dones de profecía y de milagros, el de sanar enfermos y por fin el de lenguas, para que su habla fuese universal y la entendiesen judíos y gentiles, cultos y bárbaros y cuantos habitasen los campos anchurosos de la tierra. Atónitos quedaron los discípulos del Señor viendo llegado el día que tanto deseaban, y fervorosos y ardientes en su mision, salieron á anunciar la luz del Evangelio. Por esta infusion del Espíritu Santo recibieron los apóstoles la plenitud de mercedes extraordinarias, y por ellas, el don de regir la Iglesia y el de fundar un nuevo sacerdocio sobre las ruinas del antiguo, perpetuarle entre sus sucesores, y en fin el de constituir la renovacion milagrosa del espíritu, que difundida y dilatada crece y crecerá por mil vueltas de los siglos. Rompiéronse, pues, las ataduras de la sinagoga, orgullosa de haber dado muerte á Jesucristo: rompiéronse los muros de la ingrata Jerusalem, patria un día de grandes doctores y profetas: derribóse su templo, santificado tantas veces por la predicacion del Salvador, y ahora sin sacerdotes ni altar, y con sola la memoria de lo que fué

y de lo que no volverá á ser jamas. Esta trasformacion de una sociedad vetusta en otra naciente, de un edificio desmoronado por sus cimientos en otro cuyo fundamento eran los apóstoles y su piedra angular el mismo Jesucristo, fueron sus anunciadores los discípulos del Señor por todo el orbe. Corrieron todas las regiones, ellos ó sus enviados, sin amigos ni valedores: asombró al mundo su pobreza, todavía mas su valor: hicieron la conquista de las gentes, no conquista de armas ó señorío de territorios, sino de la parte nobilísima del hombre, que es el entendimiento y el corazon. Elevóse entónces la mísera humanidad envilecida por dominadores bárbaros, por cultos de barro y de madera, por pasiones sin freno y por leyes, que alcanzando al exterior solo, dejaban el interior sin norma ni asiento, sin regla ni movimiento seguro, y siempre anegado en constante mar proceloso, sin puerto ni ventura. ¡Qué beneficio, pues, tan grande y consolador no habia de ser la mision de los apóstoles por toda la tierra, enviados á renovarla en su condicion moral, y con ésta darle aquella cultura, que desde entónces ameniza los ánimos duros y agrestes, civiliza las familias, produce perpetuo consorcio entre el marido y la muger, enseñanza verdadera á los hijos y amor filial no conocido, y en fin aquella hermandad y buena compañía, dándola esclusiva de Dios en todo el género humano! Esta era de reparacion, que solo nuestros mayores pudieren comparar al salir de un estado tenebroso y pasando á la dulzura de una nueva época, no por eso es ménos digna de meditarla nosotros aunque gocemos de su felicidad hace tantos siglos.

Admirable providencia del Criador la de regenerar el linaje humano: admirable tambien la propagacion de su doctrinal. Dichoso acontecimiento, que la santa Escritura manifiesta con voz sublime, cuando dice: á toda la tierra llegó el sonido de su anuncio, y á los confines del orbe sus palabras! Mas no sucedió esto como esperaban los judíos, porque creían ellos, malos conocedores de las profecías, que Jesucristo habia de venir con pompa y ostentacion de conquistador, señoreando príncipes y naciones y armado su brazo para humillar ante Jerusalem á todas las gentes. Y cierto que no venia para semejante objeto, como claramente lo habian predicho los que le antecedieron, pregoneros de su aparicion en la tierra. Venia el Mesías humilde y sin gloria mundana:

de ello dió perpetuo ejemplo su vida, junto con la eleccion de personas que escogió para cooperadores de su ministerio. Era su mision la conquista de las almas, crear una nueva era de resurreccion moral del espíritu, levantar al hombre á una altura que ántes no habia tenido, y anunciarle el destino de bienaventuranza, que la Providencia señalaba á su vida presente y futura. La enseñanza de Jesucristo no podia el hombre procurársela por sí, era necesaria su presencia y su voz, y luego la de sus misioneros, que la predicasen con ánimo resuelto y esforzado, dejándola después encomendada á los que les sucediesen hasta el último de los dias. Y no se pensó en auxilios terrenales, ni en la victoria de las armas: nó en la condicion de riqueza ó de poderío, sino en la luz vivificante que bajó del cielo, y en la eleccion de pobres y humildes seguidores del Evangelio, quienes recibida en el Cenáculo la anunciacion del Espíritu Santo de lo que habian de decir y platicar, volaron por todas partes á hacer resonar el cántico de su feliz nueva y su triunfo.

Ahora, ¿quién será capaz de describir la peregrinacion de los augustos mensajeros en la santa empresa de evangelizar la paz y de comenzar la tarea de su apostólico ministerio? ¿Quién las fatigas, los climas estraños, los paises remotos, el ardor del estío, el frio de noches largas y obscuras, el cansancio y casi ningun reposo en medio de los campos ó en las guaridas de los montes? Y sin embargo, al dia siguiente se repetia su audaz empeño con doble constancia: echados de un pueblo, volvian otra vez y tornaban á predicar: y puestos en las cárceles y entre cadenas crecia su ardor, y creciendo su ardor eran perseguidos y azotados, y sin embargo animaban la perseverancia de otros presos, valientes neófitos de la fe. Y no se daban por vencidos ante la ferocidad de sus perseguidores. ¡Admirable fuego de amor, en quienes, su cuerpo hecho pedazos, aun vivia su espíritu para entonar himnos de alabanza en defensa del nombre y doctrina del que los habia enviado! Ciertó que á tan encarnizada guerra y á tan sangrienta lucha habia de seguir, segun la prediccion de Jesucristo, el oprobio, el escarnio y por fin el martirio; porque si los unos daban tormentos, los otros callaban; si los unos aumentaban de crudeza, los otros morian. La tiranía era continua, creciente, violenta é inventora de nuevos suplicios. Jamas se vió tan determinada voluntad de con-

cluir con los atletas del cristianismo, porque la historia de los tres primeros siglos de la Iglesia son los anales de la opresion y de la barbarie contra la virtud y la inocencia. Ni valieron edades, clases, ni sexos, ni condiciones de personas por su saber é importancia: todos fueron sacrificados á la furia de los verdugos. Murieron las castas doncellas, de cuyo débil sexo no se apiadaron sus iracundos opresores: murieron las cariñosas madres, que dejaban arrancar de su pecho sus tiernos hijos por la constancia de su fe: murieron los apóstoles y discípulos, inmolados á la venganza de los judíos y á la soberbia de las divinidades de barro. Pero el árbol de la cruz no se habia de secar jamas, y sus ramas habian de estenderse y multiplicarse sus frutos. Y ¡ay de aquellos que creyesen lo contrario, ó pensasen que sectas espúreas, nacidas en mal hora, mas destinadas al comercio que á la santificacion de las almas, puedan compararse al catolicismo, cuya pureza va unida con el progreso de la humanidad! La sangre de los primeros mártires humea todavía, y retoña y crece y se multiplica. ¿Quién no oyó el sonido de su voz? ¿quién no vió las huellas donde pisaron sus plantas los evangelizadores de Asia y Africa, de Europa y América? ¿Quién no recuerda su fama y su memoria, principalmente en el pais donde nacimos, santificado por su augusta presencia? España, cara patria, dulce nombre! Para tí tambien desde un principio amaneció la radiante aurora de paz á los hombres de buena voluntad. ¿Qué hubiera sido de tí sin la venida del apóstol Santiago, que te alumbró en la fe del Crucificado, y por ella te abrió campo á la vida racional cerrada por el paganismo? Sin este precursor que ante todos te predicó la divina palabra, minero riquísimo de las inteligencias, yacerias postrada en la ignorancia y encadenada al yugo de la servidumbre de uno ó muchos tiranuelos, sin recuerdo de lo que eres y de lo que fuiste, y privada para siempre de la noble altivez de tu independencia que tanto ahora te distingue. Y nótese bien que á medida que nuestra patria ha sido mas firme en sostener la doctrina pura que le trajo el santo Apóstol, su mensajero celestial, han sido mayores su valor, sus conquistas y sus victorias; porque la religion fingida ó la falta de creencias, que para el caso es lo mismo, enerva las naciones, no las mueve á lo grande y generoso, y es el sepulcro del valor, de las artes y de las letras.

Demos, pues, amados fieles, gracias al Todopoderoso por la adopcion de hijos suyos, que nos mereció el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo y que consumó el Espíritu Santo poniendo llama en nuestros pechos, y confirmando la fe de los escogidos; y admiremos como la Iglesia siempre invoca al santísimo Vivificador, llamándole por su sagrado nombre con la súplica de que descienda sobre nosotros y renueve la faz de la tierra. En las oraciones y cánticos, en las letanías y preces, en los sacramentos, en la ordenacion de los presbíteros, en la consagracion de los obispos, en la canonizacion de los santos y principalmente en el sacramento de la confirmacion, en todos estos actos imploramos su intervencion celestial. En la secuencia de la misa de este dia con gemido y postracion humilde le apellidamos Espíritu Paráclito, que es decir, consuelo de afligidos, padre de pobres, llama del alma, fuego de amor. En especial, en el sacramento de la confirmacion, que se mira como un segundo bautismo, por las palabras y fervientes plegarias que contiene, se ve que la Iglesia pide de una manera singular la venida del Espíritu Santo sobre los confirmandos, y sobre éstos ya ungidos con el crisma, pronuncia aquella gravísima y elocuente oracion, que empieza: «Dios, tú infundiste el Espíritu Santo á tus apóstoles, y quisiste que por ellos y por sus sucesores se transmitiese á los demas fieles.» Todavía S. Pablo encumbrando la verdadera autoridad de los obispos, dice en sentidos términos que fué el Espíritu Santo quien los puso para regir la Iglesia, adquirida con la sangre del Cordero inmaculado.

Tal es la Iglesia, pura, católica, apostólica, romana. Jesucristo la fundó sobre firme piedra, inmutable, duradera y perpetua. No necesita de socorro humano para vivir largas edades, porque su asiento está en el cielo, y desde allí se oye su voz, y atraviesa los mares, y no hay quien la detenga ó circunde. ¿Quién á su camino puso términos ó le fijó angostura? La religion católica no es religion de circunstancias, como algunos quizá han pensado, porque ni muda ni cambia, porque de ninguno pende en su constitucion y forma de regirse; y así como es independiente en su autoridad, es libérrima en su ejercicio. Tiene su cuerpo, su cabeza, sus ministros, sus poderes, á cuya destruccion nadie alcanza: sola ella es la depositaria de la verdad, la guardadora de su fe y de sus dogmas, sin que sufra mezcla de secta al-

guna de nuevos ó de antiguos reformadores, porque ella es la única que no tiene necesidad de reformarse: sola ella es la que pronuncia lo que es dogma ó no es dogma, lo que es moral ó no es moral; y en estos fallos no puede entrar poco ni mucho ningun poder de la tierra. Se ve que un imperio luchando con sus enemigos, siendo vencido, se enflaquece su dominacion ó pierde del todo su territorio y sus súbditos; y lo contrario sucede en el dominio espiritual de la Religion: cuanto mas combatida, mas animosa, cuanto mas odiada, mas se multiplica y dilata, mas crecen sus conquistas, vence y triunfa. La persecucion aumenta los mártires; pero de la sangre vertida brotan nuevos defensores. ¡Sangre que renace y nunca se estingue!

¡Oh bienaventuranza de los pueblos que gozais del timbre de católicos! La fiesta de Pentecostes es el aniversario de un gran día en toda la Iglesia universal, y mas hoy que entre los cánticos melodiosos del gran templo de la ciudad eterna se proclama la santidad de los que murieron en el Señor, victimas de su celo y constancia, y son ya nuestros intercesores en la morada del empero. ¡Cenizas de los mártires del Japon, que en este día gozais de vuestra beatitud en el cielo de un modo solemne y esplendoroso por la declaracion del soberano Pontífice, regocijaos en vuestra gloria, y alzad muy subidas preces al Todopoderoso para que conceda fortaleza de corazon á Pio IX y paz á la Iglesia! ¡Cuerpos venerables de San Pedro y S. Pablo que descansais en la basilica de vuestro nombre, restos sagrados de tantos siglos y de tanta memoria, levantaos sobre vuestras tumbas y haced conocer al mundo que vuestra mansion es de vosotros y de vuestros sucesores! Haced que la Iglesia católica, apostólica, romana, sea siempre una, indivisible, dilatada de polo á polo y triunfadora de sus adversarios, no con armas, sino con la voz penetrante de su divino fundador.

Roma, dos veces madre del mundo: una por haber sido libertadora del yugo de los vándalos del norte, y la otra por ser cuna y maestra de la religion verdadera, ah! no serás tú presa de los enemigos que no han querido ó han abjurado tus dogmas, sino de tus propios hijos amantados á tu pecho, y de quienes el correr á tu defensa seria su mayor gloria y ornamento!

Arrodillémonos, amados fieles, ante los destinos de la Providencia, que manda y templa las tempestades, y que avasalla los

soberbios y ensalza á los humildes. Invoquemos la gracia del Espíritu Santo, toque del alma y lumbré que mueve y enciende á todo lo noble, á todo lo grande, á todo lo santo. Pidámosle con rendimiento que nos aleje de discordias civiles y religiosas, y que con su divina bendicion descienda sobre nosotros el goce de la paz, union y amor fraternal por los siglos de los siglos. Amen.

De nuestro palacio episcopal de Palma á 8 de junio de 1862.

MIGEUL Obispo de Mallorca.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Sr.
—Ldo. Teodoro Alcover Pro. secretario.

(Del Isleño del 11.)

Cúmplenos dar un voto de gracias á la autoridad municipal por haber atendido nuestras observaciones acerca tantos mendigos ambulantes como se veian vagar por las calles de Palma. Los agentes del ayuntamiento observan sin cesar á esta clase de pobres, y aunque no hayan conseguido completamente extirpar una costumbre que habia hechado hondas raices, sin embargo se ha minorado bastante para que se haga conocer la diferencia. Con alguna perseverancia en semejantes disposiciones, estamos seguros que en poco tiempo se lograría un perfecto resultado.

El lunes por la tarde en el Borne vimos salir de entre las caballerías de un carruaje á una niña de pocos años que por milagro no fué atropellada y hubiera seguramente perecido debajo de las ruedas de aquel. Un municipal cogió inmediatamente la niña y preguntó en vano por algunos momentos á las criadas que estaban mas cerca de dicho sitio si conocian aquella niña. Despues de largo rato compareció la encargada que sin duda estaria entretenida en tiernos coloquios con su amante. Aviso á las madres que confian sus hijos á semejantes guardianes.

Por lo que va sin firma.—J. C. Y PONS.

PALMA DE MALLORCA.
IMPRENTA DE D. FELIPE GUASP,
IMPRESOR REAL.

EDITOR RESPONSABLE, GUILLERMO RAMIS
Y RIBOT.